“LA MEMORIA DE SHAKESPEARE”: EL ULTIMO JUEGO DE BORGES

POR

MARIA ESTHER VAZQUEZ
La Nación, Buenos Aires

Casi no he pensado en otra cosa que en libros durante toda mi vida y ahora que estoy acercándome al fin querría razonar, querría explicar a qué conclusiones o a qué incredulidades o escepticismos he llegado al cabo de tantos años de comercio con la literatura.

Esto lo afirmaba Borges en 1963, cuando le faltaban todavía veintidós años para llegar al fin al que alude. Y continuaba:

A lo largo de mi carrera literaria he cometido no todos los errores posibles, porque el universo de errores es infinito, pero sí los más torpes y groseros, y me alegra haberlos cometido porque sé que no volveré a incurrir en ellos (aunque acaso incurra en otros tan imperdonables como los primeros). Siempre he tenido la convicción de mi incompetencia y, al mismo tiempo, he sentido que de algún modo podía resolver todas las dificultades, aún las aparentemente insolubles.

Ahora bien, antes de morir —termina Borges—, querría escribir por lo menos tres libros más: uno, sobre los orígenes de la poesía en Inglaterra, sobre esa curiosa aventura mental que significa la exploración de una lengua primitiva y de la poesía épica y elegíaca inglesa; otro, sobre Shakespeare, y un tercero que sería una especie de testamento literario.

No escribió ninguno de los tres. Sin embargo vivía acompañándose con los versos de Shakespeare, sobre todo de *Macbeth*. A él le emocionaba la épica y se le llenaban los ojos de lágrimas ante frases como la que el poeta anglosajón Layamon pone en boca de un guerrero, cuando éste mata al rey irlandés en Inglaterra. El guerrero lo atravesó con su espada, con tal fuerza, que la espada se hundió en la tierra. Entonces el poeta le hace decir: “Ahora te va bien irlandés, toda Inglaterra es tuya”.

Sin embargo y pese a su amor por la épica, de Shakespeare recordaba fragmentos bucólicos y encantadores. Por ejemplo, al entrar Duncan en el castillo de Macbeth, sin saber que allí le espera la muerte, se regocija con el aire suave y apacible que rodea el castillo. Entonces dice Duncan estos versos que a Borges le encantaban:

Donde anida la golondrina el aire es delicado.

En 1964, al celebrar la UNESCO los cuatrocientos años del nacimiento de Shakespeare, nuestro escritor fue invitado a hablar en el homenaje junto a Roger Caillois y Giuseppe Ungaretti. Pronunció una conferencia en francés titulada: "Shakespeare et nous".

De París fue a Londres y de Londres a Yorkshire, a la casa (una especie de castillo, viejo de siglos, en medio de los páramos) de Sir Herbert Read. Fue su huésped una semana; se paseó entre las ruinas de la vieja abadía oyendo el silencio en medio de las brumas de un otoño helado.

Recordando su estadía, escribió después:

Pienso en Yorkshire como parte de los sitios más adorables de la tierra. En las colinas (...) reencontré una extraña sensación de soledad y de desolación que había conocido antes: me llevó algún tiempo identificar ese sentimiento con el que me habían despertado las vastas superficies vacías de la Patagonia.

En Yorkminster tuvo entre las manos antiguas espadas vikingas, las empuñó como si él mismo fuera un viejo guerrero mientras repetía, a media voz, los nombres de la espada en anglosajón:

Oh, espada, hielo de la pelea, vara de la ira, fuego de los yelmos, espina de la batalla, remo de la sangre, lobo de las heridas.

Luego escribió un soneto, "Una espada en Yorkminster". Y una noche, en medio de los páramos de Yorkshire, me dijo que escribiría un cuento sobre la memoria de Shakespeare. Fue la primera vez.

Trece años después, en el otoño de 1977, fue a Washington a hablar de Shakespeare. En medio de un gran silencio entró en el recinto donde se iba a desarrollar el acto, subió al escenario, se sentó y antes de empezar a hablar, el público, ávido de oírlo, le ofreció una verdadera ovación. Cuando volvió el silencio, Borges empezó a mover los labios. De los parlantes salía un susurro y de ese susurro, con gran esfuerzo, se podía distinguir únicamente una palabra: *Shakespeare*, repetida una y otra vez. Parece ser que el micrófono estaba colocado demasiado alto, pero nadie en el salón se atrevió a bajarlo, para no interrumpirlo. Habló una hora. La conferencia se titulaba "El enigma de Shakespeare"; Borges nunca aclaró cuál era ese enigma.

Cuando volvió a Buenos Aires, terminado ya ese viaje triunfal por los Estados Unidos, dijo por segunda vez: "Voy a escribir un cuento titulado "La memoria de Shakespeare".

En 1978 empezó a dictarlo. Los muchos viajes interrumpían la elaboración del cuento. Después de escritas dos o tres carillas, lo abandonó. A fines de 1979 volvió a él, decidido a terminarlo. "Quizá sea mi último cuento", dijo y, aunque

ante cada cuento que escribía repetía la frase, ahora no se equivocaba. Rehizo muchas veces la primera frase:

Hay devotos de Goethe, de las Eddas y del tardío *Cantar de los Nibelungos*: Shakespeare ha sido mi destino.

En este párrafo estableció una especie de balanceo, como una compensación. El pensaba que Goethe, mejor dicho, su *Fausto*, era una superstición alemana (lo afirmó muchas veces). Tampoco le interesaba demasiado el “tedioso” *Cantar de los Nibelungos*, “muy apropiado para el género operístico” solía decir (género que, no sólo por desconocimiento, sino también porque musicalmente era *sordo*, tomaba a risa). Amaba, en cambio, (y las sabía de memoria) *Las Eddas* y las obras de Shakespeare. Pero al colocar estos textos queridos con el *Cantar* y Goethe, que no lo eran tanto, cumplía con una simetría que, aseguraba, hacía más verosímil esa primera frase.

En marzo de 1980 el cuento estaba terminado; el jueves 15 de mayo aparecía publicado en el *Suplemento* del diario *Clarín*. No es un cuento demasiado largo, tiene algo más de dos mil seiscientas palabras; casi la mitad de “El Aleph”.

“La memoria de Shakespeare” es como un compendio, un resumen de todo lo que Borges escribió antes, pero reelaborado para demostrar algo terrible: a medida que transcurre el tiempo, el hombre está obligado a “sobrellevar la creciente carga de la memoria” como si se tratara de un peso insoportable que agobia el alma.

Uno se pregunta si este anciano frágil, ciego, sumergido en sus pesadillas y absolutamente sólo en las oscuras tardes (“las tardes a las tardes son iguales”) de su departamento en la calle Maipú, en el desolado centro de su laberinto, no habrá renegado de las muchas memorias que lo acosaban, memorias físicas, memorias personales y, sobre todo, memorias literarias. Y uno se pregunta, también, si aquel primer verso del soneto “Everness”, “Sólo una cosa no hay, es el olvido”, no se habrá transformado para él en un presente aterrador. Borges indefenso frente a Borges, con cientos de escritores que imitan su estilo y “fatigan las calles del vasto mundo”.

Obligado a contestar además, sin detenerse nunca, las imposibles preguntas de infinitos reportajes, sonriendo mecánicamente a los admiradores que lo agasajan y lo adulan, a veces con un desconocimiento heroico de su obra; otras, con una pedantería crítica, abrumadora e inútil. Es decir, Borges recordando siempre a Borges, sin poder escapar ni a su fama ni a su obra ni a su ceguera ni a su pasado.

Refiriéndose a su pariente Juan Crisóstomo Lafinur, que murió joven, tenía apenas veintisiete años, Borges escribió en 1946:

Le tocaron como a todos los hombres, malos tiempos para vivir.

En ese irónico “como a todos los hombres” se incluye. Y es precisamente la memoria de lo que considera malos tiempos, la que lo acompañará hasta el fin:

Pocas veces tuve lo que quise, aquello que deseé. Hoy el éxito me halaga, me permite ciertas satisfacciones, no lo niego, pero también me trae grandes incomodidades”, —confesó—. En realidad, espero morir, olvidarme y ser olvidado.

Vuelve a aparecer la necesidad de olvido, del propio olvido y del olvido de los demás. Su aspiración no fue cumplida. También en “El hacedor” dejó escritas estas palabras:

Cuando yo esté guardado en la Recoleta, en una casa de color ceniciento provista de flores secas y de talismanes.

Tampoco sus deseos fueron cumplidos. Pero, como él mismo aseguró:

La realidad supera todo tipo de explicación.

Antes de entrar en la trama de “La memoria de Shakespeare”, una palabra acerca del nombre del protagonista. A principios de la década del veinte, Borges leía a un crítico de Meyrink, Albert Soergel; sesenta años después le regala este apellido al héroe de su relato, cuyo argumento es el siguiente: Un erudito alemán, Hermann Soergel, estudioso de Shakespeare, que comparte las preferencias literarias de Borges, cuenta su historia en primera persona. En la frase inicial, citada más arriba, nos aclara que Shakespeare fue su destino, pero de tal manera que nadie pudo haberlo sabido, salvo un hombre llamado Daniel Thorpe, que ya ha muerto, y otro cuyo rostro no conoce. El protagonista sabe que goza de cierta reputación entre los intelectuales porque, no exento de vanidad y a modo de presentación dice:

El curioso lector ha hojeado quizá mi “Cronología de Shakespeare”, que alguna vez creí necesaria para la buena inteligencia del texto y que fue traducida a varios idiomas, incluso al castellano.

Habla luego de otros trabajos críticos suyos, siempre sobre la materia, y nos cuenta que hacia 1914 redactó un estudio, analizando ciertas palabras que retrotraen el inglés a su origen anglosajón. Borges ya ha precisado la época en que transcurre la historia y se permite una pequeña satisfacción personal: mencionar el idioma anglosajón, que fue a partir de la década del setenta, una de sus más queridas debilidades. Luego menciona a *Macbeth*, la obra de Shakespeare que más amaba, y hace una referencia accidental al hermano de Soergel, muerto en el frente de batalla en 1917, lo que da un marco definitivo

a la personalidad del protagonista. Casi en seguida, Soergel se convierte en Borges:

Más importante que la cara de Daniel Thorpe, que mi ceguera parcial me ayuda a olvidar, era su notoria desdicha. Al cabo de los años, un hombre puede simular muchas cosas pero no la felicidad. De un modo casi físico, Daniel Thorpe exhalaba melancolía.

Es significativa la mención de la ceguera, y luego las últimas palabras, "exhalaba melancolía", hablan de una facultad sensitiva del escritor, capaz de detectar el ánimo de su interlocutor con pistas mínimas, a veces sin siquiera haberlo oído hablar.

A esta altura del relato se agrega otro personaje, llamado Mayor Barclay (aquí es evidente el homenaje al filósofo idealista irlandés George Berkeley). El mayor, a quien Thorpe y Soergel han encontrado en un congreso sobre Shakespeare, es sólo un personaje accesorio que desencadena, sin embargo, los acontecimientos. El cuenta la historia de una sortija mágica, que había pertenecido al rey Salomón, cuya posesión permitía entender el lenguaje de los pájaros. La sortija había ido a parar a manos de un pordiosero y aunque su valor era inestimable, no pudo venderla y murió en la miseria pese a tener un tesoro.

Los tres hombres, Thorpe, Barclay y Soergel hablan con ironía e incredulidad acerca del poder, de la existencia y del valor de tales objetos.

(Como siempre en los relatos de Borges, son personajes masculinos los que manejan razonamientos e intercambios intelectuales. Con la excepción de "La señora mayor", donde lleva a la ficción una historia de familia, las mujeres cumplen con las tareas externas del sexo, que siempre parecen subalternas o accesorias en la prosa borgeana.)

En determinado momento de la narración Daniel Thorpe dice que en realidad *hay cosas de valor tan inapreciable que no pueden venderse*.

Las palabras que trato de reconstruir —sigue la narración— me impresionaron menos que la convicción con que las dijo Daniel Thorpe. Pensamos que diría algo más, pero de golpe se calló, como arrepentido. Barclay se despidió. Los dos volvimos juntos al hotel, pero Daniel Thorpe me propuso que siguiéramos la charla en su habitación. Al cabo de algunas trivialidades, me dijo:

—Le ofrezco la sortija del rey. Claro está que se trata de una metáfora, pero lo que esa metáfora cubre no es menos prodigioso que la sortija. Le ofrezco la memoria de Shakespeare, desde los días más pueriles y antiguos hasta los del principio de abril de 1616.

No acerté a pronunciar una palabra. Fue como si me ofrecieran el mar.

Thorpe continuó:

—No soy un impostor. No estoy loco. (...) La historia (...) empieza en el Oriente en un hospital de sangre, en el alba. (...) Con su última voz, un soldado raso (...) a quien habían alcanzado dos descargas de rifle, me ofreció (...) la preciosa memoria. (...) Acepté la oferta sin darle fe. Además, después de una acción de

guerra nada es muy raro. Apenas tuvo tiempo de explicarme las singulares condiciones del don. El poseedor tiene que ofrecerlo en voz alta y el otro que aceptarlo. El que lo da, lo pierde para siempre.

El protagonista, bastante intimidado, le pregunta si todavía conserva la memoria de Shakespeare. La contestación es terrible:

—Tengo aún, dos memorias. La mía personal y la de aquel Shakespeare que parcialmente soy. Mejor dicho, dos memorias me tienen.

Y al querer saber Hermann Soergel qué ha hecho con esa memoria, el otro contesta que escribió una biografía novelada que no fue aceptada por la crítica y, en cambio, tuvo cierto éxito comercial en los Estados Unidos (la ironía es evidente).

De pronto, al protagonista le parece muy injusto que otro y no él tenga ese preciado don. Entonces, con voz alta, articulando claramente cada palabra, dice que acepta la memoria de Shakespeare.

La memoria ya ha entrado en su conciencia, pero hay que descubrirla —dice Thorpe y continúa: Surgirá en los sueños, en la vigilia, al volver las hojas de un libro o al doblar una esquina. No se impaciente usted, no invente recuerdos. El azar puede favorecerlo o demorarlo, según su misterioso modo. A medida que yo vaya olvidando, usted recordará. No le prometo un plazo.

Las dudas, la inseguridad, el miedo atormentan a Herman Soergel. Pero más allá de todo eso triunfa la esperanza y siente que Shakespeare es suyo ya. Y se exalta y se enardece como el amante frente al objeto deseado por su pasión; pero, en la exaltación, va más lejos:

... Como nadie lo fue de nadie, ni en el amor, ni en la amistad, ni siquiera en el odio. De algún modo yo sería Shakespeare. No escribiría las tragedias, ni los intrincados sonetos, pero recordaría el instante en que me fueron reveladas las brujas, que también son las parcas y aquel otro en que me fueron dadas las vastas líneas.

Borges, a sabiendas, engaña a su protagonista y al lector. A lo largo de los años, el escritor va perdiendo los preciosos momentos en que le fueron revelados los secretos mecanismos de la creación. A veces, circunstancias puramente exteriores le recuerdan por qué escribió tal o cual trama, tal o cual poema. Por ejemplo, Borges recordaba exactamente en qué momento se puso a escribir "Pierre Menard, autor del Quijote" (después de un accidente terrible para probarse a sí mismo que no estaba loco). También tenía memoria de cómo lo acompañó durante el sueño y la vigilia, en todos los instantes de su vida en esa época, el cuento titulado "Las ruinas circulares", pero no qué mecanismos interiores lo motivaron.

A veces, como todos, por cierta complacencia consigo mismo, él se inventaba recuerdos. Así, llegó a falsear, sin proponérselo, la fecha y los acontecimientos que lo llevaron a escribir el "Poema conjetural". Sin embargo, y porque el oficio del creador es fabular más allá de lo posible, sigue alimentando la euforia de Hermann Soergel:

... Recordaría a Anne Hatheway como recuerdo a aquella mujer, ya madura, que me enseñó el amor en un departamento de Lübeck, hace ya tantos años. (Traté de recordarla y sólo pude recordar el empapelado, que era amarillo, y la claridad que venía de la ventana. Este primer fracaso hubiera debido anticiparme los otros.)

Implícitamente, se está anticipando también al lector el desenlace del cuento.

En forma gradual llegaban hasta Hermann Soergel una melodía, unas palabras casi sin sentido. Para ayudar a la memoria, releyó los sonetos, descubrió algo que creyó inédito y luego se dio cuenta de que otro estudioso de Shakespeare lo había descubierto tiempo atrás. Fue a visitar Stratford-on-Avon y no obtuvo resultados positivos. (Borges recuerda su propia experiencia: "La casa no me impresionó tanto como yo esperaba, quizá porque todo el pueblo de Stratford tiene demasiada conciencia de que Shakespeare ha vivido allí. (...) Todo es demasiado museo, un lugar excesivamente destinado al turismo").

Poco después, sin embargo, Hermann Soergel empieza a soñar: "Rostros y habitaciones desconocidas entraron en mis noches" —dice el cuento, y es el escritor que describe sus propias pesadillas. Un psicoanalista se preguntaría si no intentaría Borges una especie de transferencia de los terribles sueños que lo acompañaron hasta el final de su vida.

Dice más adelante Soergel que, de la misma manera que quien compra una enciclopedia no memoriza cada línea de ella, tampoco pudo él en un momento recuperar la totalidad del pasado:

Ni a Shakespeare, que yo sepa, ni a mí, que fui su parcial heredero, nos depararon ese don. La memoria del hombre no es una suma; es un desorden de posibilidades infinitas. San Agustín, si no me engaño, habla de los palacios y de las cavernas de la memoria. Las segunda metáfora es la más justa. En esas cavernas entré.

Como la nuestra, la memoria de Shakespeare incluía zonas, grandes zonas de sombra rechazadas voluntariamente por él. No sin algún escándalo recordó que Ben Jonson le hacía recitar hexámetros latinos y griegos y que el oído, el incomparable oído de Shakespeare, solía equivocar una cantidad entre las risotadas de los colegas.

Soergel empezó a recordar, conoció estados de ventura y estados de sombra. Al cabo de un mes la memoria del muerto fue suya; entonces durante una

semana de "curiosa felicidad" creyó ser Shakespeare. Descubrió pequeñas y grandes cosas y un día se dio cuenta de que:

La memoria de Shakespeare no podía revelarme otra cosa que las circunstancias de Shakespeare. Es evidente que éstas no constituyen la singularidad del poeta; lo que importa es la obra que ejecutó con ese material deleznable.

Con tristeza primero, con desesperación después advirtió que la biografía que hubiera querido hacer de Shakespeare no tenía sentido ya que él, Hermann Soergel, no sabe narrar y, además, el libro sería inútil:

El azar o el destino dieron a Shakespeare las triviales cosas terribles que todo hombre conoce; él supo transmutarlas en fábulas, en personajes mucho más vívidos que el hombre gris que los soñó, en versos que no dejarán caer las generaciones, en música verbal. ¿A qué destejer esa red, a qué minar la torre, a qué reducir a las módicas proporciones de una biografía documental o de una novela realista el sonido y la furia de Macbeth?

En el primer momento de la increíble aventura, Hermann Soergel sintió la felicidad de ser Shakespeare; luego se aterrorizó porque si bien, al principio, las dos memorias, la suya y la del otro, no se mezclaban, luego la de Shakespeare se impuso y empezó a olvidar sus propios recuerdos, su propia lengua. Hermann Soergel tuvo miedo de volverse loco. No entendía las cosas más elementales de su siglo; la visión de un tren lo enajena porque no lo entiende.

Entonces Borges, que ha jugado a ser él y ser el otro, y que ha asumido la memoria literaria de tantos escritores, dice una frase llena de melancolía y hasta de lástima por sí mismo, por la criatura humana:

A medida que transcurren los años, todo hombre está obligado a sobrellevar la creciente carga de su memoria.

¿Dónde quedó el "bronce monumental" de "Funes el memorioso"? "Funes el memorioso" que es, al mismo tiempo, una gran parodia, una deformación de la memoria y, sin embargo, es en el fondo, la nostalgia por la memoria universal total, la nostalgia de la sabiduría de Dios.

Hermann Soergel con el último resto de lucidez decidió liberarse. Por teléfono, el medio más cercano para su absoluta desesperación, ofrece la memoria de Shakespeare, pero (decente al fin), previniendo al futuro receptor de los riesgos que entraña. Al fin, una voz incrédula y educada le dijo que afrontaría esos riesgos y la voz aceptó.

Con resignación entonces, abandona la memoria del otro, del muerto inmortal y vuelve a la suya. Pero no es fácil:

... Había imaginado disciplinas para despertar la antigua memoria; hube de buscar otras para borrarla. Una de tantas fue el estudio de la mitología de

William Blake, discípulo rebelde de Swedenborg (Otro pequeño homenaje de Borges).

Comprobé que era menos compleja que complicada. Ese y otros caminos fueron inútiles; todos me llevaban a Shakespeare.

Di al fin con la única solución para poblar la espera; la estricta y vasta música: Bach.

El melancólico párrafo con que se cierra el cuento es como una confesión:

P.S. 1924 —Ya soy un hombre entre los hombres. En la vigilia soy el profesor emérito Hermann Soergel, que manejo un fichero, que redacto trivialidades eruditas, pero en el alba sé, alguna vez, que el que sueña es el otro. De tarde en tarde me sorprenden pequeñas y fugaces memorias que acaso son auténticas.

Más allá del juego final de “el que sueña es el otro”, reiteradamente repetido en prosas y versos, Borges ha abjurado de la memoria y de sus riesgos.

Está cerca del fin, lo presente, lo sabe:

Suelo sentir que soy tierra, cansada tierra ...,

dice en *Los conjurados*, su último libro (1985). El “otro”, el juego que ha jugado siempre, lo acompaña también en la empresa;

El alivio que tú y yo sentiremos en el instante que precede a la muerte.

Borges (Soergel) que recibió tantas memorias ajenas, que fue, en la repetición de los versos y de las citas: Shakespeare, Kipling, Hugo y los cronistas anglosajones y Almafuerite y San Isidoro y Banchs y cientos y cientos de escritores, se despide de ellos, se despide de sí mismo:

Todo nos dijo adiós, todo se aleja
La memoria no acuña su moneda.

Cansado de años y de literaturas, de viajes, de ciudades, de desengaños, de honores, de la desdicha y de la felicidad, es animado por un sólo deseo, que expresó de la única, de la mejor manera en que sabía decir las cosas:

Absuelto de las máscaras que he sido,
seré en la muerte mi total olvido.